

en el jardín, sin que ella me viese, la estaba oyendo incesantemente, bien hablar á sus gallinas, ya cantar á media voz haciendo calceta cerca de la ventana, como para distraer á los pájaros que á su vez la contestaban.

V.

Habrian trascurrido ocho ó diez dias, cuando la criada se habia acostumbrado ya de tal modo á mi presencia en la casa, que no la estorbaba para nada. Es verdad que la constaba la amistad íntima que me profesó en vida su amo, y volvía naturalmente hácia mí el cariño respetuoso que le tuvo á aquel. Por otra parte, tenia necesidad de servir á alguien, y de amar al que servia. Todo su servicio no era otra cosa que su inclinacion natural y satisfecha á obligar. Gozaba en su interior, al prevenir los menores deseos de aquellos de quienes dependia, menos por su condicion de sirviente que por su corazon. Mi juventud la interesaba tambien; tenia orgullo en reemplazar en cuanto ella pudiese, á su señor muerto, por lo que hace al recibimiento que este hubiese hecho, cuando vivo, á aquel jóven, por quien ella sentia ternura. Lo debia así al honor de la casa, y á la gracia de la hospitalidad, aun despues de estar la casa vacía y de haber partido el huésped para otra morada. Atendia á todo. La constaba por su señor, la sencillez de mis gustos.

Estos, jamas habian sido prevenidos tan completa y tan graciosamente por las criadas de la casa y del jardín, ni aun en la de mi propia madre. Nunca los libros y los papeles habian sido respetados mas religiosamente en su pliegue ó en su página señalada, sobre mi mesa de madera: nunca los tizones mortecinos durante el día, bajo la ceniza, habian sido agrupados con mas cuidado por la noche, para dar un temple agradable á la velada; nunca mis perros habian tenido una estera de paja mas poblada para acostarse al pié de mi cama, ni agua mas limpia para beber en su cazuela de barro vidriado; nunca habia encontrado con mayor exactitud, al volver

de mis largas cacerías por los bosques, la harina de maiz, hirviendo á fuego lento en la olla bajo su costra dorada, la patata entre la ceniza, la col, el nabo, la calabaza cocidos en el horno, y el pan de centeno mas sabroso y mas tierno, bajo la servilleta de lienzo crudo, en la artesa; nunca la manteca ó la miel habian sido servidas con mayor limpieza. En una palabra, seguia en todo el mismo régimen á que yo me habia acostumbrado en el campo, en mi infancia, en casa de una madre sóbria y cariñosa: el régimen de los cartujos sazonado por la gracia y la ternura de una mujer.

VI.

Del modo que se acostumbra en aquellas montañas, tomábamos nuestra cena en la cocina, sobre la única mesa de nogal macizo, larga y estrecha que habia en la casa. Al extremo de aquella mesa, Genoveva estendia el mantel, colocaba mi servilleta, mi cubierto de estaño, los platos, el pan y el vino, ni mas ni menos que en tiempo de su señor. Yo, entonces, me sentaba sobre uno de los bancos de madera que se estendian á ambos lados de la mesa. En la otra estremidad no habia mantel ni otra cosa que una escudilla y un plato en que la criada tomaba su sopa, y su parte de tocino, de calabaza, de ensalada, ó de berza, al mismo tiempo que yo; solo que, siguiendo la costumbre del pais, comia de pié, con su escudilla en la mano, sin dejar de servirme, yendo y viniendo, como el resto del dia, atizando el fuego, batiendo la manteca, abriendo las castañas, echando pedazos de su pan al perro que la espiaba sentado en su delantal, y que no perdia el menor de sus movimientos. No traté de separarla en lo mas mínimo de sus costumbres familiares y respetuosas al mismo tiempo, pues conocia que no hubiera logrado mas que incomodarla y humillarla, obligándola á que tomase asiento en frente de mí. Pero hablaba con ella mientras cenaba, que lo hacia lentamente, con los codos sobre la mesa, como montañeses desocupados.

Despues de la cena, me acercaba al fuego, al que Genoveva

aplicaba á cada momento astillas de abeto. Secaba al calor de la llama el cañon y la cazoleta, untados de aceite, de mi escopeta que tenia colocada entre mis piernas; me quitaba mis polainas de cuero y las ablandaba al fuego para el dia siguiente. Genoveva cogia el cubierto, repartia los residuos de los platos á sus perros ó á sus gallinas, doblaba el mantel, guardaba el pan despues de envolverlo con cuidado, encendia el candel cogido de un lado de la chimenea, y en seguida se sentaba un poco mas atras que yo, para hacer medias de lana blanca que habia hilado en la otra estacion.

Entonces hablábamos mas larga y mas familiarmente que en el resto del dia, sin mas ruido que el de la cascada fuera, y el del fuego que chisporroteaba dentro; hablábamos del muerto, de sus virtudes, de sus limosnas, de su pobreza, de su resignacion en aquel desierto, al que se le habia confinado como para ocultar su natural brillantez y sus talentos, ignorados de todos menos de Dios y de los pobres, de sus costumbres, de sus meditaciones, de sus rezos, del misterio de su juventud medio revelado por las peregrinaciones que hacia de cuando en cuando á la tumba ó á la gruta de las águilas; de su última enfermedad, de sus postreras palabras, de su alegría cuando habia conocido que Dios accedia por fin á abreviar el tiempo de su penitencia, y á llamarle para sí; despues de la afliccion inconsolable de sus feligreses; de las mujeres y de los ancianos que venian desde muy lejos á arrodillarse sobre su sepultura como sobre la de un santo; de lo que iba á ser de las palomas, del perro, de los pájaros, de los árboles que él cuidaba, del agua que él dirigia, de las macetas de flores que él regaba por el verano en el jardin, y que abrigaba por el invierno en su cuarto; de las mismas golondrinas, cuyos nidos bajo las cornisas respetaba; las cuales ya no le encontrarian allí en la primavera inmediata.

Más hay una circunstancia notable en estas conversaciones, y es que, durante ellas, jamas la pobre muchacha me hablaba de sí. Parecia que la inquietaba mas lo que sucederia al perro, á los pájaros, á los muebles, á las plantas, que lo que la habia de suceder á ella misma. Acaso creia que el nuevo párroco la tomaria á su ser-

vicio, del mismo modo que al campanero ó al niño de coro de Jocelyn, ó que alguna de las familias de la aldea la admitiria para que sirviese de *escardadora*, y le daria pan y hospedaje gratuitos en el establo de las vacas ó de las ovejas. Todos los muebles de su propiedad consistian en un cofre, que la vi abrir algunas veces, y en el cual solo habia un poco de ropa blanca, su vestido de los domingos, y una tacita de porcelana rota, llena de moneditas de plata, de cuartos, de un collar de granos de azabache engarzados en un hilo de cobre, de dos ó tres anillos de oro que habian sido de su madre, y un bonito rosario de huesos de cerezas, trabajado por un cartujo y regalado al obispo al estar algunos dias en la parroquia durante su visita pastoral. Todo ello podia valer algunos seis escudos. Esta era su total riqueza. Genoveva la miraba á menudo con una notable complacencia. Pero desde que habia muerto Jocelyn, y la faltaba la bolsa y el pan del sacerdote para darlo en su nombre, sacaba con frecuencia de su taza, y el capital disminuia considerablemente.

El porvenir de aquella pobre muchacha me tenia en zozobra, porque yo no era rico entonces, y veia que despues de vendidos los muebles para pagar las deudas, las medicinas y la sepultura, la herencia quedaria reducida á dos cargas, el perro y los pájaros. Pero la criada no pensaba en esto, y estaba, por el contrario, ocupada continuamente en buscar allá en su memoria si el señor cura quedó debiendo una medida de harina á este, un carro de leña á aquel, un puñado de yerba para la cabra á uno, un pan de centeno tomado prestado el invierno último, y devuelto al otro. No queria dejar una paja ni un grano de sal sobre la conciencia ó sobre la memoria de su señor.

Sin embargo, mi imaginacion no se apartaba de esta infeliz. Yo la habia visto siempre desde mi niñez en aquella condicion; jamas me habia preguntado de qué manera se hallaba colocada en ella, y mucho menos cómo saldria; el párroco, la criada y la casa se confundian á mis ojos en un solo ser y en un todo indivisible que me parecia haber existido siempre, y que siempre igualmente

debía existir. La muerte había venido á presentarme un problema en que jamas había pensado: ¿de dónde viene la criada y á qué punto irá á parar?

Por último me ví precisado á decírselo, lo que acaeció una noche despues de cenar, á la luz del candil, al chisporroteo del fuego; me acuerdo que tenia yo el codo apoyado sobre la mesa, la cabeza sobre la mano, y ella acababa de guardar el pan y el mantel, y se había sentado á la sombra del ángulo formado por la chimenea con la pared de la cocina. Hacia calceta y movia una contra las dos puntas de sus agujas. Aquel rumor vivo, continuado y monotonó como el del reloj, me sacó de mis meditaciones y me animó á trabar conversacion formal.

VII.

—¿Con que vos, Genoveva, —le dije, —jamás descansais?

—¡Ah! señor, —me contestó, —Dios no me crió para que descansase. Empecé á trabajar el dia que supe andar, y trabajaré hasta el último de mi vida. Tiempo tenemos de descansar allá abajo, —añadió indicándome con la cabeza el cementerio, para no perder ningun punto de su calceta si hacia la indicacion con la mano.

—¿Tan jóven empezásteis á trabajar? ¿Pues qué, no habeis sido nunca niña, nunca habeis jugado con las otras, jamas habeis perdido el tiempo en la calle, en la ventana, en el campo? ¿Acaso era dura vuestra madre, ó poco amiga de que se distrajesen sus hijos? Pero entonces, ¿cómo teneis el aire tan dulce y tan festivo con los niños de la aldea; que dejais que jueguen todo el dia en el patio, que arranquen vuestras flores y que tiren vuestras agujas, todo esto sin regañarlos?

—Porque ellos tienen un padre y una madre que les cuecen pan; mas para mí, señor, fué muy distinto. No he tenido en mi vida sino muy poco tiempo bueno, y este fué desde que el señor cura consintió en tomarme á su servicio. Hasta entonces jamas

supe lo que era sentarse y contemplar el sol, el fuego, ó los transeuntes.

—Pues ¿cómo tan jóven habeis tenido una vida tan triste?

—¡Ah, señor! no era triste; era penosa y estaba siempre de pié, es cierto; pero era dulce, y si Dios quisiera resucitar á mi madre, yo volveria á aquella vida, y tendria á mucha dicha empezarla de nuevo.

—Contadme eso, puesto que nada teneis que hacer, yo he concluido de leer mi libro y los dos hemos de pasar una larga velada. Quisiera saber la historia de todos los hombres. Para el que sabe comprenderla, hay una enseñanza en la vida de cada cual.

—Pero yo no soy mas que una pobre criada, y nunca he sido otra cosa, ¿qué quereis que os diga? Os aburriria del mismo modo que el ruido de mis agujas de hacer media aburre á los niños.

—Aun cuando fuéseis la hormiga del suelo, el grillo de la chimenea, la araña del techo, sabed que tendria interes, y desearia conocer su historia, saber de dónde salen, á dónde van, qué piensan, qué quieren, qué será de ellos. Hay un principio, un fin, y una significacion para cada cosa viviente. El que lo conociese todo no seria indiferente á nada.

—Si, seria como Dios, —dijo Genoveva, dejando ver en su sonrisa un rayo de clara y tierna inteligencia. —El señor cura decia muy bien, cuando recomendaba que no se maltratase á los animales, y que no se impacientase uno contra las moscas. «No teneis derecho, decia, para despreciar cosa alguna, ni para decir, esto es nada; puesto que Dios lo ha hecho.»

—Precisamente, mi pobre Genoveva, —repliqué satisfecho de conocer en aquellas palabras toda el alma de Jocelyn; — todo es interesante, todo es respetable en los menores destinos del mas oscuro y del mas insignificante de todos los seres. Los orgullosos son necios, el desden no es mas que ignorancia; por esto os agradeceria que quisierais contarme lo que no sé de vuestra pobre vida, en dónde habeis nacido, lo que habeis hecho, cómo habeis venido aquí, y á dónde pensais ir despues.

—Os obedeceré, señor,—dijo Genoveva ruborizándose,—si esto os divierte. ¡Tal vez os burlareis de mí!

—¡Oh, Genoveva!—respondí con triste acento,—¿se burlaba jamás Jocelyn de la más sencilla confianza de una anciana ó de un niño? ¿Y no soy su amigo?

—Sí, es cierto,—replicó Genoveva arrepentida,—he hecho mal, voy á decirlo todo.

Me aproximé al fuego, y Genoveva, sin levantar los ojos de sus agujas ni dejar que se soltase un solo punto, me dijo, continuando su trabajo, lo que vais á oír:

VIII.

Soy natural de Voiron, en el Delfinado. Es una bonita aldea que está situada al pié de las montañas; sus aguas son dulces y sirven para blanquear los lienzos; su pan es bueno, sus castañas no son caras para los pobres; su vecindario es alegre, bullicioso, entendido en el comercio, y algo burlon como en todo el Delfinado; los jóvenes de ambos sexos tienen hermosos colores en sus mejillas, como si se los ocasionara el frío de las nieves vecinas. Nadie diría que era yo de allí, viéndome tan pálida; pero sabed que jamás me ha dado el aire; siempre he estado dentro de casa, y esto consume los colores; me sucede lo que á esas plantas que el señor cura tenía á la sombra...

—¿Sus hortensias?

—Justamente, lo que á las hortensias, que tienen siempre mi color pálido como la luna sobre la nieve, y jamás llegan á ponerse rojas como el sol, porque no le ven.

—¿Y por qué no veáis el sol como las demás jóvenes de Voiron?

—Voy á deciroslo, señor.

Mi padre era vidriero: y durante el día iba ya á una parte, ya á otra para componer las vidrieras de las ventanas, de los balcones, de las iglesias. No era rico; tenía cinco hijos, uno varón

de doce años, que trabajaba ya á su lado y le acompañaba por la ciudad y los pueblos de la montaña, llevándole las herramientas ligeras, los cristales, la masa para pegarlos y el cuchillito para estenderla. Tenía además cuatro hijas, dos de su primera mujer, de más edad que yo, que no tenía más que ocho años en la época más remota de que me acuerdo, y otra hermanita de tres años que se llamaba Pepita. Mi madre era lavandera de telas ordinarias, blanqueaba lienzos crudos para los tejedores del país antes de llevarlos á las ferias. Para este objeto teníamos destinado detrás de la casa, á lo largo del río, un gran trozo de prado que no se segaba, y el cual siempre estaba cubierto de lienzos para que el sol los secase y el rocío ablandara su hilo. Era tan hermoso ver al medio día desde nuestra ventana á todas las muchachas, con los piés descalzos, estender aquellas largas franjas grises y blancas sobre la yerba húmeda, y echar sobre ellas gotas de agua que relucían al sol, que les saltaban sobre los cabellos y que les caían sobre los piés. ¡Cuánto hubiera deseado correr como ellas sobre las telas!

—¿Y quién os lo impedía?

—Voy á deciroslo, señor, pero dejadme hablar.

Mi pobre madre, sin embargo de que no había cumplido aun treinta y dos años, no salía de la cama desde que nació mi hermana más pequeña. No tenía enfermedad alguna manifiesta, ni tos, ni calentura, ni dolor de estómago ó de cabeza; antes por el contrario, el semblante tan fresco, la mirada tan viva, la piel tan blanca como una muchacha, solo que ya no podía servirse de sus piernas, ni aun para volver á su cama. Decían que se le había retirado la leche de resultas de un susto cuando criaba á Pepita, ó que se había levantado de la cama, después de su parto, más pronto de lo que debía para ir á mojar sus telas, y que la humedad del prado la había hecho daño. Si la hubiérais visto sentada en la cama, al sol, apoyada sobre la almohada, trabajando libremente con sus manos todo el día en estirar, doblar y arreglar sus telas, ó en limpiar la verdura para la cena de mi padre y mis hermanos,

hubiéseis creído que era una joven parida que iba á levantarse á los dos días, ó una mujer perezosa que se estaba en la cama hasta el medio día. Mas no lo era por cierto: jamas estaba mano sobre mano, pensaba en todo, lo vigilaba todo, trabajaba entre sus colgaduras, á la luz del candil suspendido de la columna de la cama cuando todos dormían ya en la casa; hacia esfuerzos todas las mañanas por levantarse, cuando ninguno había despertado aun, esperando siempre que tal vez habrían recobrado sus fuerzas las piernas durante la noche, y cuando conocía que estaba como la vispera, lloraba un poco, luego se consolaba otro tanto, y aparentaba por último estar alegre para no entristecer á mi padre y á mi hermano cuando salían para su trabajo.

Mis dos hermanas mayores salían tambien para ir á cuidar las telas por la mañana, y desde allí á la fábrica. No se las veía sino á la hora de ir á comer, y á la hora de cenar. Iban vestidas como señoritas; querían á mi madre, que las había cuidado como á sus tres hijas; pero poseían algo por parte de la suya, y nos miraban con algun desden porque éramos pequeños, y nuestra madre no tenía mas que su belleza, su bondad y sus manos. Algunos domingos por la mañana las oí decir en el gabinete donde se vestían para ir á misa: «no quiero ponerme mas este adéfesio; este vestido está muy viejo; démosle á la niña; para ella está bueno.»

No eran malas, pero sí orgullosas para hijas de un vidriero.

IX.

La pobreza de mi padre era tal, que no podía pagar una criada á mi madre, y yo demasiado pequeña para cuidar sola de la casa. Sin embargo, las vecinas venían con gusto, cuando yo se lo pedía, á sacar para nosotros agua del pozo, á poner los leños grandes en la lumbre, y á alcanzarme los pucheros; mi madre y yo hacíamos lo demas. Desde que pude andar sola por la habitación, había sido yo la criada de mi casa, los pies de mi madre, que no tenía mas que los de su hija. Necesitaba á cada momento cosas que no podía ir á buscar á la huerta, al patio, al cuarto, á la

mesa, sobre cualquier mueble, y se había acostumbrado á servirse de mí antes de tiempo, como se hubiera servido de una tercer mano, y yo estaba orgullosa, niña como era, de ser necesaria, útil, una persona formal de la casa. Esto me había hecho atenta, reflexiva, grave, juiciosa antes de los ocho años. Mi madre me decía:

—Genoveva, hace falta esto, hace falta aquello; tráeme á Pepita sobre la cama, vuévela á su cuna y mécela con la punta del pié hasta que se duerma, ve á buscar mi calceta, arranca una berza de la huerta, ve al gallinero y mira si hay huevos en los nidos de las gallinas, echa leña al fuego, despuma el puchero que hierve, échale sal, estiende el mantel, friega los vasos, baja á la cueva, llena la botella de vino.» Y luego que estaba todo hecho, y se había comido bien, me llamaba y me decía: «Ven para que te vista y peine tus hermosas trenzas.» Me vestía, me peinaba, me adornaba, me besaba y me decía: ahora ve á jugar á la puerta con los niños de las vecinas, para que vean que estás tan limpia, tan bien vestida y peinada como ellos.» Y yo iba un momento por darle gusto; pero no pasaba del patio, para poder oír si mi madre me llamaba; y no permanecía allí mucho tiempo, pues los niños se burlaban de mí y unos á otros se decían: «mira la seria, no sabe jugar á nada, dejémosla.» Y yo prefería volver á entrar y estar de pié cerca de la cama de mi madre estudiando en sus ojos lo que pudiera querer. Así se pasaban todos los días; me levantaba la primera y me acostaba la última. No respiraba el aire mas que por la ventana, no veía el sol mas que por debajo de la puerta, y hé aquí, señor, la causa de ser tan blanca.

Decían á mi madre: vuestra niña tiene el color pálido. ¡Oh! no, respondía ella; es que tiene la vida pálida. Ni siquiera iba á la enseñanza.

X.

Aquella larga enfermedad de mi madre, reteniéndola tantos años inmóvil y ociosa en la cama, la había hecho instruida como